



ALONSO FERNÁNDEZ  
DE AVELLANEDA

---

LA OBRA.—EL AUTOR



ENCONTRADOS pareceres he llegado á escuchar de labios de personas muy doctas sobre el trabajo de mi querido amigo D. Marcelino Menéndez y Pelayo, en averiguación del autor verdadero de la *Quinta Parte del Quijote*, que salió á luz en Tarragona el año 1614, bajo el nombre de *Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas* (1).

Celebran unos con entusiasmo las relevantes condiciones que lo avaloran; exigentes otros hasta el extremo, claman bajo el supuesto de que nada con-

(1) *El Imparcial*.—Lunes 15 de Febrero de 1897.

cluyente ofrece el bien discurrido artículo; y en realidad no dirigen éstos su censura al escritor por lo que ha dicho, sino por lo que ellos deseaban que dijera, por lo que ha dejado de decir; pues muchos esperaban, sin duda alguna, de la pasmosa erudición, del talento tan conocido y admirado de Menéndez Pelayo, que había de descorrer el velo que oculta hace cerca de tres siglos la faz del encubierto personaje, haciéndoles sabedores de todas las circunstancias de su vida, de su conducta con *Cervantes*, de las causas de su enemistad y de todos los pormenores de la composición del falso *Quijote*, con más las alusiones que puede encerrar y significación de sus aventuras.

La esperanza era legítima, fundada; pero si el resultado no ha respondido á ella, cúlpense á sí propios esos censurantes que pidieron lo que el escritor no había prometido, lo que no había podido ofrecer. La mejor y más pronta respuesta á los cargos que á Menéndez Pelayo se dirigen, es decir á los descontentos que lean el epígrafe de su artículo. Se trata de una *nueva conjetura* en esa cuestión literaria; ni se ofrece una resolución, ni hay fundamento para exigirla. En ella se encuentra todo cuanto había derecho á esperar del ilustre nombre de su autor. Completa exposición de antecedentes, preciosas noticias histórico-literarias, apreciaciones atinadas... y un nuevo sujeto de controversia. ¿Es éste, por acaso, más fundado, más digno de atención que las hipótesis que anteriormente se formulaban? ¿Contará desde ahora *Alfonso*

*Lamberto* con mejores títulos que Blanco de Paz ó Fr. Luis de Aliaga, por ejemplo, para que se le adjudique la composición del *Quijote* espúreo? Tales son las preguntas á que quisiera ver respuesta categórica por autoridades en la materia, y á las que yo, sin tenerla, procuro dar contestación.

Y haré notar previamente como dato necesario que cuando los pseudónimos no son aclarados en algún modo por los autores que usan de ellos, ó no se encuentran indicaciones precisas en escritores contemporáneos, se convierten andando el tiempo en misterios difíciles de aclarar.

Todavía no han dejado de trabajar en Inglaterra y de exponer conjeturas sobre el autor de las famosas *Cartas de Junius*, atribuyéndolas á multitud de escritores, sin haber podido fijar la verdad (1). Y se trata de un escrito que cuenta poco más de un siglo (1769-72) (2), y que por su carácter político parece debía señalar las huellas de su autor.

## I

Pero antes de seguir por este camino, páreceme conveniente exponer algunas consideraciones acerca del mérito de la obra de *Avellaneda*. No creo han de estar de sobra para discutir sobre el autor. Mucho dista mi opinión acerca de ella de las que han emi-

(1) *A Critical Enquiry regarding the real author of the Letters of Junius...*, by Georges Coventry.—London, 1835.

(2) *Junius's letters*.—Londres, 1797.

tido escritores muy competentes y de reconocida autoridad en la república de las letras.

El *Quijote falso* no se reimprimió en España, que yo sepa, en ciento diez y ocho años, desde el de 1614, fecha de su aparición, hasta el de 1732. Parece, por tanto, que no despertó interés su lectura. Pasan de cuarenta las ediciones que en el mismo período de tiempo se hicieron de la obra de *Cervantes*.

Transcurridos ciento diez y ocho años de la primera, un escritor de cierta erudición, pero de gusto muy dudoso, en cuyas manos hubo de caer la llamada traducción que Renato Lesage hizo del *Quijote de Avellaneda* y se imprimió en París el año 1704, Don Blas Nasarre, quedó sorprendido al leer los elogios que se hacían de la continuación apócrifa, y que vió confirmados, á su parecer, en un artículo del *Journal des Savants* destinado á la propaganda de la obra de Lesage; buscó la novela española, que encontró con trabajo, la leyó con prevención favorable y sin notar que aquello no era lo que había impreso el escritor francés, que hizo grandes mutilaciones y adiciones, se decidió á dar nuevamente á la imprenta el olvidado original español, haciéndose eco de las alabanzas que había visto tributadas á la llamada traducción francesa.

Tampoco entraron en codicia los lectores, ni se estimuló el deseo de poseer la novela espúrea, á pesar de los elogios de su editor segundo. Desde el año 1732 no se volvió á imprimir el *Quijote de Avellaneda* hasta el de 1805 en que salió de nuevo á luz con

importantes supresiones. En más de setenta años no hubo necesidad de proporcionar ejemplares de una obra que el público no pedía.

Durante ese período de tiempo se habían repetido otras treinta ó cuarenta ediciones del *Quijote de Cervantes*; alguna de tanto mérito y con lujo tipográfico tan notable, que sin duda por ellas se despertó el pensamiento de hacer nueva impresión del libro de su antagonista.

Profesando gran respeto á todas las opiniones, y más aún á los gustos diversos, sobre los que, como dice el adagio, no cabe disputa, he tenido siempre la obra del supuesto *Avellaneda* por insufrible y detestable.

Allá por los años de 1873 ó 74, en amistosa correspondencia con el malogrado é ilustradísimo valenciano D. Pascual Dasi Puigmoltó, Vizconde de Bétera, tuve ocasión de exponerle mis opiniones, bastante diferentes de las suyas; y como síntesis de mi juicio, le dije en pocos renglones: Nunca he podido distraerme con la lectura del *Quijote* de Avellaneda. Me parece servil y soso en las descripciones, frío en la narración, pueril en el plan; y en una palabra, falto por completo de condiciones literarias. No es que le perjudique, como alguno ha dicho en venir después de la *Primera Parte de El Ingenioso hidalgo de Cervantes*, tan admirablemente conducida, tan espontánea y agraciadamente escrita, tan gráfica en caracteres, lugares y sucesos... No; es que sola y acompañada, la obra del supuesto *Avellaneda* es, á mi juicio, mala en todos sentidos.

Largos años han transcurrido desde entonces sin que haya encontrado motivo de variar de opinión, sino que, por el contrario, leyéndolo nuevamente, me he afirmado en la de que el *Quijote* apócrifo es moral y literariamente insoportable y digno de la mayor censura.

Júzguese, pues, el efecto que me produciría el ver que Menéndez Pelayo, con su alta inteligencia, con su juicio severo, con su depurado buen gusto, estampaba bajo su firma, en el artículo que motiva este trabajo, las frases siguientes: «todavía encuentro en »la ingeniosa fábula de Avellaneda condiciones muy »estimables que la dan un buen lugar entre las no- »velas de segundo orden que en tan gran copia pro- »dujo el siglo xvii.»—Mi asombro fué grande, pero de corta duración. A renglón seguido asienta el doctísimo polígrafo que *Avellaneda* no tiene comparación con D. Gonzalo de Céspedes y Meneses, con Alonso de Salas Barbadillo ni con Alonso del Castillo Solórzano; y puesto ya en buen camino dice que es un escritor continuamente sucio y á veces torpe y libidinoso, y luego hace verdadera crítica del autor encubierto en un párrafo que es necesario copiar íntegro para no desvirtuarlo, y para que los lectores puedan saborear sus bellezas y quilatar su mérito.

«...El chiste es grosero, pero abundantísimo y »espontáneo; la fuerza cómica brutal, pero innegable; »el diálogo, aunque atestado de suciedades que levantan el estómago en cada página, es propio y adecuado á los figurones rabelesianos que el novelista

»pone en escena. Lo que decididamente rebaja tal libro á una categoría inferior, no sólo respecto á la »obra de genio que Avellaneda toscamente profanaba, sino respecto de otras muchas de aquel tiempo »que no pasan de ingeniosas y amenas, es el bajo y »miserable concepto que su autor muestra de la vida, »la vulgaridad de su pensamiento, la ausencia de »todo ideal y de toda elevación estética, el feo y hediondo naturalismo en que con delectación se revuelca, la atención predominante que concede á los »aspectos más torpes, á las funciones más ínfimas y »repugnantes del organismo animal. No es un escritor »pornográfico, porque no lo toleraban ni su tiempo »ni el temple de su raza, pero es escritor escatológico »y de los peor olientes que pueden encontrarse.»

El párrafo es hermosísimo, de alta crítica y verdad severa. No tiene desperdicio; y al terminar su lectura se ve con satisfacción que Menéndez Pelayo estima en definitiva el *Quijote de Avellaneda* en el mismo ínfimo concepto que antes he manifestado por mi cuenta. Porque no hay manera de concordar ese párrafo con lo de encontrar en la ingeniosa fábula de Avellaneda condiciones muy estimables.

## II

De mucho sirve, para la cuestión que resta por tratar, la apreciación clara del mérito de la obra; y no pueden olvidarse los calificativos que ha merecido al ocuparse de conjeturar su autor.